

EUROPA
1972

(I)

ITALIA

crónica negra

Puede parecerle al lector de periódicos, especialmente si se limita a la prensa española, que en los últimos años ha caído sobre Italia una maldición bíblica, algo que deja en mantillas a las siete plagas de Egipto. Terremotos, inundaciones, catástrofes aéreas, eliminación de la Copa de Europa del equipo que llegó a subcampeón en México, ganancias electorales de los neo-fascistas, atentados, bombas, etcétera.

Ignoro la participación que pueda tener la Providencia en los cinco primeros puntos, pero me propongo demostrar —al menos, me propongo dar los datos suficientes para que el lector se lo demuestre a sí mismo— que los últimos desastres no obedecen a la casualidad, ni al azar, ni a nada parecido, sino que se deben a un plan. Un plan que en Italia recibe el nombre de «strage di Stato» y que se engloba dentro de un programa más amplio, la «strategia della tensione». ¿Qué se propone? Bien, se propone algo que eufemísticamente podríamos llamar la «mediterraneización» de la península italiana.

Para explicar este proyecto utilizaremos una técnica usual al cine «negro» de los años 40: el «flash-back». Empezaremos por un hecho, seguramente el más aparatoso, pero quizá no el más relevante, e iremos atrás y adelante, según requieran las exigencias del relato.

Esta historia, pues, cuyo parecido con la realidad no es mera coincidencia, empieza en Milán a las dieciséis horas treinta y siete minutos del día 12 de diciembre de 1969.

La bomba, las bombas

A la citada hora de aquel día hace explosión una bomba en el salón central de la Banca de Agricultura de plaza Fontana, en pleno centro de Milán. Es la tarde de un viernes, faltan escasos minutos para el cierre, y como los Bancos Italianos no abren el sábado, la sucursal de plaza Fontana está abarrotada de gente. Los resultados son los obviamente esperados: catorce muertos y cerca de noventa heridos.

Aquella misma tarde hacen explosión en el Altar de la Patria, ese horrible monumento que los romanos han bautizado con el nombre de la «máquina de escribir», dos bombas que sólo causan leves desperfectos, y una tercera en el Banco Nacional del Trabajo que ocasiona trece heridos. Y minutos después del cierre de la Banca Comercial Italiana, en la milanese plaza de la Scala, un empleado descubre un maletín abandonado detrás de la puerta de un ascensor; lo entrega al director, que lo abre y encuentra una cajita metálica, la zarandea y sólo la noticia, que en

tonces ya se ha difundido, de la explosión de la Banca de la Agricultura le hace llamar a la Policía.

Comparecen el fiscal suplente Ugo Paolillo, el jefe de la Brigada Política, Antonino Allegra, y un armero de la Policía, el brigada Fer-

rettino. Han olvidado por el camino, pese a que, como es ya una rutina, ha sido avisado, al brigada Guizo Bizzarri, un experto famoso por haber desmontado doce mil bombas de más de un quintal. El hombre ha esperado más de media

El bailarín anarquista Pietro Valpreda, detenido en Milán el 15 de diciembre de 1969, e interrogado, al igual que Pinelli, por el comisario Calabresi, continúa en la cárcel.



hora que pasen a recogerle, y cuando se ha decidido a llegar por su cuenta, el brigada Ferrettino, cumpliendo órdenes, ha hecho explotar la bomba en un patio. Esta no es la costumbre de un experto como Bizzarri. El prefiere desmontarlas, hacerlas inofensivas, para luego poder dar el debido informe técnico. Y en esta ocasión no le han dado la oportunidad de hacerlo. Cito este detalle, que puede parecer nimio y justificable —nada tan normal o tan «humano» como olvidar, acuciados por las prisas y la urgencia de la situación, a una persona a la que se ha citado, aunque ésta sea justamente el perito en explosivos—, porque toda la historia que se desarrolla a continuación está llena de detalles y olvidos parecidos.

Desde el 3 de enero de 1969 hasta aquel 12 de diciembre han estallado en Italia 145 artefactos explosivos (en secciones del PCI y del PSIUP, monumentos a la Resistencia, sedes de grupos de la izquierda extraparlamentaria, del movimiento estudiantil, sinagogas, trenes, Feria de Milán, etcétera), pero nunca como en esta ocasión la intención y el resultado homicidas han sido tan patentes. La consternación que la difusión de la noticia produce es enorme. Y el telegrama de pésame que envía inmediatamente el entonces Presidente de la República, Saragat, expresa probablemente la opinión y el estupor de la inmensa mayoría de ciudadanos. Y con la consternación comienzan las cábales sobre los autores de los atentados. Estos han atacado dos objetivos muy claros, que la más elemental lectura simbólica identifica con el Capital y la Patria. Faltaba únicamente una bomba en el Vaticano para que apareciera, bañada en sangre, la tradicional triada de la anarquía: «Ni Dios, ni Patria, ni Señor». Pero la misma legibilidad de la firma induce a las primeras sospechas: ¿no será una obra apócrifa?, ¿no se tratará de una falsificación?, ¿no será obra de unos provocadores? Toda la opinión pública, excepto, naturalmente, la de extrema derecha, se formula estas preguntas con mayor o menor claridad o cautela. Los únicos que nunca parecieron formularse fueron quienes estaban encargados de la investigación, quienes por su cargo y función estaban obligados a formularse todas las hipótesis posibles: la Policía y la Magistratura. Desde el primer momento, todas las pesquisas se encaminaron hacia un preciso sector de la extrema izquierda: centenares de anarquistas de toda Italia pasaron aquella noche en las comisarías de Policía.

Otra víctima

Uno de ellos es Giuseppe «Pino» Pinelli. Se trata de un ferroviario



Jóvenes neofascistas durante una manifestación en la Piazza Navona de Roma.

RAMON FEIJOO

de unos cuarenta años, casado, anarquista notorio y convencido, que dirige un círculo anarquista milanés, el del Puente de la Ghisola, empeñado en nostálgicos debates teóricos, y se ocupa también de la distribución de los fondos de la organización «Croce Nera», a compañeros presos y sus familiares. Todos quienes le han conocido, incluso los miembros de la Brigada Política milanesa, coinciden en decir que es incapaz de matar una mosca, o para emplear una palabra cara a la tradición y práctica anarquista, en que es un «santo». En cualquier caso, su grado de inofensividad es tan claro que la Policía ni le arresta; se limita a comunicarle, verbalmente, que se persone en la comisaría, y Pino Pinelli, montado en su ciclomotor, sigue a cierta distancia, por las atestadas y aterrizadas calles de Milán, el coche de la Policía que conduce el anarquista Sergio Arda, acompañado del comisario Calabresi y del brigada Panessa.

Pinelli entra en la comisaría de la calle Fatebenefratelli, el 12 de diciembre de 1969, la misma tarde de las bombas. Ya no saldrá nunca de ella, al menos por su propio pie.

Pero veamos cómo se desarrollaron las cosas. A las pocas horas de su, llamémosla, detención, el propio comisario Calabresi llamó por teléfono a casa de Pinelli para comunicarle a su mujer, Lidia, que no se intranquilizara, que era cuestión de puro trámite, y que Pino no iba a tardar en volver a casa. Cuando esto no ocurrió, y fue la señora Pinelli quien llamó a la Policía para tener noticias de su marido, ya no recibió respuesta, y tampoco nadie le llamó para comunicarle que su marido había muerto. La viuda Pinelli tuvo que enterarse

de su nuevo estado civil a través de unos periodistas.

¿Qué había ocurrido? Un periodista de la edición milanés de «L'Unità», Aldo Palumbo, que había acabado a la medianoche del 15 de diciembre, tres días después de las bombas, su servicio informativo en los locales de la Policía, y estaba cruzando el patio interior de la comisaría, oyó de repente un ruido sordo. Se volvió y vio cómo un cuerpo, que caía del segundo piso a lo largo de la pared, chocaba con un saliente del muro, luego con otro y se aplastaba finalmente contra el suelo. En su reloj eran las doce horas y tres minutos.

La Policía, después de contradecirse varias veces, dio la siguiente versión de los hechos. Cuando Pinelli, a lo largo de un interrogatorio que se desarrollaba de manera amable y casi jovial, se convenció de la culpabilidad de sus compañeros anarquistas, exclamó: «¡Es el fin de la anarquía!», se abalanzó hacia la ventana, la abrió de par en par y saltó al vacío; el brigada Panessa intentó retenerle y se quedó con un zapato en las manos. En su reloj, en el reloj de la Policía, era alrededor de medianoche, medianoche menos algo, y, finalmente, las once horas y cincuenta y siete minutos.

Enumeremos ahora algunas de las palpables incongruencias de este relato confrontadas a los hechos.

1.º El móvil del suicidio, que, por decirlo en breves palabras, aparece como excesivamente «idealista».

2.º Las reducidas dimensiones de la habitación donde se desarrollan los interrogatorios (4 x 3,40 metros), llena de los muebles correspondientes y de seis hombres, dificultan notablemente los

movimientos necesarios para llegar a la ventana, abrirla de par en par y tirarse por ella.

3.º Según testigos oculares, el cadáver de Pinelli calzaba ambos zapatos.

4.º La diferencia de hora entre una y otra versión, muy significativa si se tiene en cuenta que a las once horas y cincuenta y ocho minutos de aquella noche salió de la comisaría de Policía una llamada telefónica reclamando una ambulancia.

Los forenses oficiales realizaron la autopsia, «muerte por caída», y Pinelli fue enterrado un día de lluvia, con algunas banderas negras, algunos cantos revolucionarios y un poema de la «Antología de River Spoon» en la lápida.

El proceso Calabresi-«Lotta Continua»

Desde los primeros días, el semanario de «Lotta Continua», uno de los grupos más importantes de la izquierda extraparlamentaria, acusó al comisario Calabresi del «suicidio» de Pinelli. Las acusaciones, inconcretas y genéricas en un principio, fueron formulándose y precisándose sucesivamente. A lo largo de los interrogatorios, que no se desarrollaron en el tono de juegos florales que pretendía la Policía, el comisario Calabresi dio un golpe de karate en la nuca de Pinelli que provocó su muerte, pese a inútiles y desesperados intentos de reanimación. Entonces, después de haber reclamado una ambulancia, decidieron lanzar el cadáver por la ventana. Esto explicaría muchas cosas, sostienen «Lotta Continua» y la periodista de «L'Espresso», Camilla Cederna, que ha

publicado un libro titulado «Pinelli: una finestra sulla strage». Explicaría el silencio de Pinelli durante la caída, poco comprensible aun tratándose de un suicida; su caída en vertical, poco comprensible en un hombre que se lanza violentamente por una ventana y que parece debería describir una trayectoria parabólica; los ruidos que, en torno a las once horas y treinta minutos, oyó el anarquista Pasquale Valitutti, procedentes de la habitación donde era interrogado Pinelli, y las varias entradas y salidas de un agitado comisario Calabresi antes de que se anunciara oficialmente la caída y muerte del anarquista detenido.

El objetivo que se proponían los constantes ataques y acusaciones del semanario «Lotta Continua» contra el comisario Calabresi y su superior inmediato, el comisario Allegra, era claro. Conseguir, después de que la Magistratura había archivado las querellas interpuestas por la viuda Pinelli contra la Policía, que fuera ésta la que se viera obligada a querellarse contra «Lotta Continua» por injurias y difamación, y dar pie a un proceso en el que de acusados pasaran a acusadores. Pero el comisario Calabresi no parecía tener mucha prisa, y no presenta la querrela contra el crítico cinematográfico y profesor universitario Pio Baldelli, director del semanario, hasta el 20 de abril. Tampoco la Magistratura peca de precipitación, porque a mediados de mayo todavía no ha asignado el caso a ningún magistrado, y el 21 de mayo de 1970, el fiscal doctor Caizzi pide la archivación del caso «no advirtiendo en los hechos causas para una acción penal».

La indignación de amplios sectores de la opinión pública, y no únicamente los extremistas, estalla. Un prestigioso jurista como Dall'Ora declara: «La sospecha que nace es que, más o menos conscientemente, existe una tendencia a evitar, como hecho extremadamente inoportuno, que un oficial de la Policía judicial quede de algún modo involucrado en esta historia. Ahora bien, éste es justamente el modo más eficaz para incrementar las sospechas, y, ciertamente, el peor para velar por el honor y el prestigio de la Policía judicial» (declaraciones a «Il Mondo»). Se suceden peticiones y protestas procedentes de sectores que ya no pretenden contestar el sistema, sino que consideran que éste se contesta a sí mismo con la adopción de tan flagrantes arbitrariedades e ilegalidades.

Finalmente, el 9 de octubre de 1970, se abre el proceso. El tribunal está presidido por el juez Carlo Biotti, definido por Camilla Cederna como «un magistrado de viejo estilo, un temporizador con bigotes canosos, exactamente el tipo de juez elegante de los films italianos, moderado en todo excepto en

ITALIA

crónica negra

su pasión por el fútbol (es consejero del Milán). Tenían que acompañarle el juez Favia y el juez Putilano, pero este último es uno de los elementos de punta de «Magistratura Democratica», es decir, de la izquierda judicial, y es sustituido poco antes de la apertura del proceso por el juez Pla Cardona, una joven que acaba de ingresar en la carrera. Defienden a Pio Baldelli los abogados Marcello Gentili y Bianca Guidetti Serra, y al comisario Calabresi, el abogado Michele Lerner, que anteriormente había defendido al industrial Felice Riva en su quiebra fraudulenta, y mucho antes al escritor fascista Guareschi en una querrela interpuesta por De Gasperi.

A medida que las sesiones del proceso avanzan, el programa de «Lotta Continua», es decir, dar la vuelta a la tortilla y, como un día Dimitrov en el proceso entablado contra él por los nazis a causa del incendio del Reichstag, pasar de acusado a acusador, se va cumpliendo paso a paso, tantas son las imprecisiones, vaguedades, contradicciones que acumulan los testigos presentados por el comisario Calabresi, el querrelante. Y en junio de 1971, el juez Biotti decreta la exhumación del cadáver de Pinelli para efectuar una nueva autopsia, poniendo implícitamente en tela de juicio, con esta decisión, la efectuada inmediatamente después de la muerte, bajo el control y a cargo de los peritos de la Policía. Entonces interviene el gran golpe de efecto: el abogado Lerner pide y consigue la revocación del juez Biotti, con quien le ligaba una vieja y profunda amistad, bajo el pretexto de que muchos meses atrás le ha confesado privadamente su opinión favorable a las tesis sostenidas por «Lotta Continua» sobre la culpabilidad del comisario Calabresi. El Consejo Superior de la Magistratura abre una investigación sobre el juez Biotti, suspendiéndole, mientras tanto, de empleo y sueldo. Y por las mismas fechas, en cambio, el comisario Calabresi y todos aquellos que participaron en el trágico interrogatorio del 15 de diciembre de 1969, son ascendidos.

El proceso queda automáticamente suspendido, y el reciente asesinato del comisario Calabresi hace pensar que seguirá igual hasta el día del Juicio Final.

¿Un culpable?

Por aquellas fechas, un grupo de hombres llevan varios meses en la cárcel, donde todavía siguen a la hora de redactar estas páginas. Me

refiero a Emilio Borghese, Roberto Gargamelli, Mario Michele Merlino y Pietro Valpreda, miembros del grupo anarquista «22 de Marzo». Todos ellos, y especialmente Valpreda, están acusados de haber planeado y ejecutado los atentados de Roma y Milán.

Pietro Valpreda, nacido en Milán el 29 de septiembre de 1932, residente en Roma y un poco en todas partes, donde le llevaba su profesión de bailarín de revista, de «chorus-boy»; anarquista de ideas, fue detenido el 15 de diciembre de 1969 en el Palacio de Justicia de Milán, donde ha ido a prestar declaración ante el juez Amati como presunto autor de un folleto contra el Papa. Le acompañaba su abuela, Olimpia Torri, que mientras le espera en la antesala, oye a través de la puerta la voz temblorosa de Valpreda que dice «no, no», y, a continuación, un pufetazo sobre la mesa y la voz del juez Amati que grita: «Vosotros, los anarquistas, queréis sangre siempre...».

A partir de este momento, los hechos se precipitan. Valpreda es detenido por dos policías de palasano, interrogado en Milán por el comisario Calabresi, llevado a Roma en coche, vuelto a interrogar por el fiscal Occorsio durante toda la noche; llevado a varios supuestos escondrijos de material explosivo; sometido junto a cuatro policías a una identificación a la «americana», a cargo de un testigo, el taxista Rolandi; y, finalmente, acusado como autor material del atentado del Banco de plaza Fontana.

Al día siguiente, 17 de diciembre, todos los periódicos italianos aparecen con una fotografía de Valpreda, camisa entreabierta sobre el pecho, medallón con la A de la anarquía, puño cerrado en alto (sacada unas semanas antes, mientras estaba efectuando una huelga de hambre como protesta por las detenciones de unos anarquistas milaneses). El tono de los comentarios que acompañan esta foto es el siguiente: «Roma» (monárquico): «El monstruo es un comunista anárquico, bailarín de *Canzonissima* (popular espectáculo musical de la televisión)»; «Il Secolo d'Italia» (MSI): «Una fiera oscura y repugnante, corrompida hasta la médula por la sífilis comunista»; «Il Corriere della Informazione», después del titular, *La furia de la bestia humana*, precisa: «La bestia humana que ha ocasionado los catorce muertos de la plaza Fontana, y quizá también el muerto, el suicida de calle Fatebenefratelli, ha sido capturado, y ahorrado... nunca le olvidaremos, es la bestia que nos

ha hecho llorar...», ahora se comienza a respirar... El asesino se llama Pietro Valpreda, tiene treinta y siete años, nunca ha hecho nada bueno en la vida; ruptura con la familia; solamente una vieja tía, que plancha camisas y cepilla abrigos, le da una mano; procede de los ambientes desatinados del «be-bop», del «rock», del ambiente en que los hombres son lo que son y las chicas también. Se ha arrastrado sobre las pistas de los «dancings» suburbanos y por las calles del centro, hacia el «boy», uno de estos tipos con las cejas depiladas y retocadas con lápiz graso que rodean, en pantalones ajustadísimos, a la *soubrette*...; un oficio mediocre, desgraciado, de poco dinero... Además este *refoulé* enferma, la sangre ya no le circula normalmente por las arterias de las piernas... Un paso tras otro, Pietro Valpreda se dispone a convertirse en bestia... Quién sabe cómo se encuentra, cómo coagula esta desgraciada humanidad: hablan, hablan, fingen leer o haber leído, se encuentran, ociosos, en los cafés, juegan a cartas, se emborrachan, cada dos o tres semanas presentan a los amigos una «mujer» nueva, salen a la calle obedeciendo a una misteriosa orden de *rendez-vous*, a veces, incluso frecuentemente; tiene problemas con la Policía... Así nace un Pietro Valpreda. De estas profundidades llega a la *massacre*».

Con poquísimas excepciones («L'Espresso», «L'Unità», después de algunas reticencias y silencios, las publicaciones extraparlamentarias), esta prosa, que podría figurar merecidamente en un «Celtiberia show» de Luis Carandell, es la que suele utilizar la prensa italiana en los primeros días del descubrimiento del «monstruo» Valpreda. Al revés que Pinelli, cuya figura (la de un Pinelli muerto, hay que añadir) encontró inmediatamente las más amplias simpatías y manifestaciones de solidaridad, Valpreda, vivo y presunto autor del atentado de Milán, provoca casi el regocijo y desencadena todos los mecanismos del sadismo de los bienpensantes. El «marginado» bailarín es un «asesino» que acomoda a todos, derechas e izquierdas oficiales, y que sirve incluso como sana lección de moral: «Dime cómo andas y te diré cómo acabas», etcétera. Tienen que transcurrir varios meses para que esta barrera de insultos se cuarte y aparezcan en torno a Valpreda las primeras muestras de amplia solidaridad.

Y, sin embargo, las pruebas que la Policía presenta contra él son muy endebles. Se reducen, funda-

mentalmente, al testimonio de un taxista, a un documento falsificado y a unas cuentas de vidrio.

Las pruebas

El 15 de diciembre de 1969, el Ministerio del Interior anuncia en la prensa que ha ofrecido una recompensa de 50 millones de liras a quien ayude a la identificación de los culpables, ¡oh, influencia del «spaghetti-western»! Aquel mismo día, el profesor Paolucci sube en Milán al taxi de Cornelio Rolandi, le nota distraído y le pregunta los motivos. El taxista confiesa que está muy preocupado porque cree haber llevado en su taxi, la tarde del 12 de diciembre, al hombre de las bombas de plaza Fontana. El profesor Paolucci le dice que su deber de ciudadano es referirlo a la Policía. Y, poco después, el taxista Rolandi se presenta a un cuartel de carabineros, donde presta declaración.

En ella —citó fragmentos del libro «Valpreda: Processo al processo», de Marco Fini y Andrea Barbieri—, «el pasajero descrito por Rolandi mide 1,73-1,74, mientras Valpreda mide 1,66. El taxista no nota nada de particular en el pelo de su cliente, mientras que Valpreda es (y era el 12 de diciembre de 1969) casi un melenuco». Además, «el taxista habla de un individuo que se expresa en un italiano correcto, estudiado, pero sin particulares inflexiones. Valpreda, en cambio, tiene la erre francesa, que se nota inmediatamente y que no puede ser disimulada».

El taxista refiere que su pasajero paró el taxi en plaza Beccaria y le pidió ser llevado a la Banca Nacional de la Agricultura; descendió del taxi con un maletín negro (detalle que, sin embargo, no había referido en la minuciosa versión dada al profesor Paolucci), y que regresó al minuto escaso sin dicho maletín (en otra versión posterior, a los tres-cuatro minutos), haciéndose llevar a la calle Albricci.

Examinemos más de cerca este trayecto, según el estudio realizado por los jueces. Entre el punto donde el taxi fue reclamado (plaza Beccaria) y la Banca Nacional de la Agricultura hay 135 metros. Entre el punto de la calle Santa Tecla donde, según el taxista Rolandi, bajó por primera vez su pasajero y el Banco hay 117 metros. Es decir, el pasajero habría hecho 252 metros en taxi (135 más 117) y 117 a pie para llegar a la Banca, más otros 117 para regresar al taxi, o sea, 234, para no hacer 135 a pie. Los magistrados han intentado ex-

plicar este hecho por la enfermedad que sufre Valpreda, la enfermedad de Bürger, que le provoca de vez en cuando dificultades de andar; pero los números, las distancias efectuadas a pie y en coche desmienten esta explicación.

Más bien parece, y es una hipótesis que los últimos hechos avalan, que alguien parecido a Valpreda (luego veremos la historia de los «sosas») ha realizado este absurdo trayecto en taxi, haciendo todo lo posible para hacerse notar: conversación con el taxista, portazo en la puerta y facilitar de esta manera una posterior identificación.

Después de su primera declaración ante los carabinieri, Rolandi la repite, con ligeras y convenientes modificaciones, ante la Policía judicial, donde el comisario Guida le muestra una foto de Valpreda. Dos días después, el taxista es llevado a Roma y enfrentado, en la mencionada identificación a la «americana», a Valpreda, rodeado de cuatro policías. Rolandi titubea un poco, y señala finalmente a Valpreda, diciendo después: «Bueno, si no es él, no está aquí».

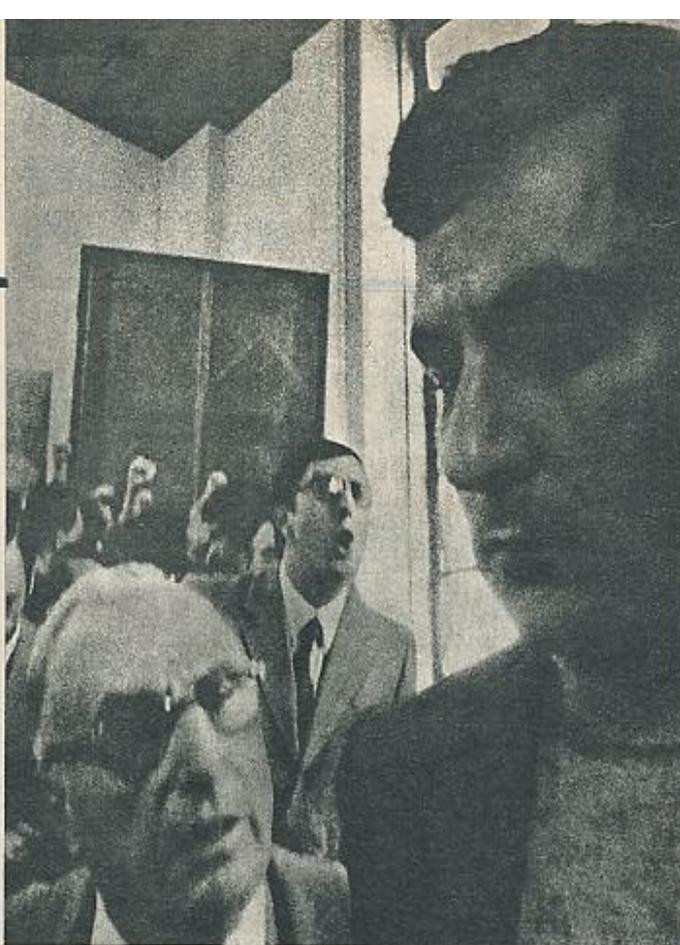
El 23 de junio de 1970, Rolandi ingresa en el hospital por insuficiencia hepática y flebitis. El doctor Guido Croce afirma que sus condiciones generales son buenas. Pero el previsor juez Cudillo quiere interrogarle con «juramento de futura memoria», un procedimiento que se emplea con los testigos cuyas condiciones de salud hacen temer que no llegarán al momento del proceso.

El 16 de julio de 1971, el taxista Rolandi aparece muerto en la bañera de su casa.

Más adelante veremos cómo estas muertes repentinas, y nunca demasiado claras, son una constante que rodea a todos los testigos directos e indirectos del caso, como si se tratara de la tumba de Tutankhamon.

Otra prueba. El ballarín Valpreda, con escasos contratos y magras retribuciones, se ayuda a vivir con la confección de lámparas Tiffany's. Pues bien, ochenta y ocho días después de los hechos de Milán, la Policía encuentra en el maletín negro que contenía la bomba que no llegó a hacer explosión, la de la Banca Comercial Italiana, una cuenta de vidrio como las que se utilizan en la confección de dichas lámparas.

Otra prueba. Valpreda sostiene que durante el servicio militar su especialidad era la lectura e interpretación de mapas. Sin embargo, Michele Cicero, empleado del editor de extrema derecha Edilio Rus-



El 9 de octubre de 1970 se abre el proceso Pinelli. A la derecha, el comisario Calabresi abandona la sala del Tribunal entre los gritos airados del público.

coni, sostiene que siendo él subteniente, Valpreda estuvo a sus órdenes y recibió una amplia instrucción en materia de explosivos. El magistrado y el fiscal instructor del proceso piden a la Policía milanesa una fotocopia de la «hoja militar» de Valpreda. Reciben unas hojas manuscritas, donde las únicas palabras escritas a máquina dicen «dador voluntario de sangre; grupo sanguíneo: O; Gorizia, el 16-I-1955». Consultado el original, este espacio está relleno a mano, con igual caligrafía que el resto del documento, y dice «informatore», es decir, en lenguaje militar, el soldado encargado de informar a los demás sobre las rutas y los caminos a seguir. Exactamente lo que dijo en un principio Valpreda.

Y una coartada. Pietro Valpreda afirma que salió de Roma para Milán la tarde del día 11, y que llegó a casa de su tía Rachelle Torri a las siete de la mañana del 12; se mete en la cama y despierta a tiempo de presentarse al bufete del abogado que lleva su defensa por el folleto con injurias al Papa. Después, enfermo con fiebre, pasa en cama toda la tarde del 12, y se levanta el 13 para ir de nuevo al abogado y dirigirse juntos al despacho del juez Amati, que está ausente.

Las declaraciones de su tía Ra-

chelle Torri, de su abuela Olimpia, de su madre, Ele Lovati; de su hermana Maddalena y de una vecina, Elena Segre, que apoyan y confirman esta coartada, no son creídas por el magistrado, y todos los testimonios, excepto el último, son procesados por falsedad.

(II)

De grupo a grupo: un extraño trasiego

Pero no son éstos los únicos imputados. Junto al nombre de Valpreda hemos citado anteriormente los de Borghese (Emilio, no confundir con el príncipe «negro», de igual nombre, que aparecerá a continuación), Gargamelli, Mander, Merlino, etcétera. Todos ellos, y otros, formaban parte del grupo «22 de Marzo», la torva asociación de anarquistas que ideó —dicen— los atentados.

Antes de referirnos a este grupo, empecaremos refiriéndonos a otros de extrema derecha, y no porque yo piense que los extremos se tocan, sino por razones muy concretas; nos referiremos a los extraños movimientos que a partir del 68 se notan en muchos de estos grupos, y también a la

situación de su «padre natural», el MSI, es decir, el Movimiento Social Italiano; en otras palabras, los neofascistas.

A principios de 1968, el MSI es un partido de «orden», compuesto principalmente por señores de mediana edad y nostálgicos del fascismo, guiados por el onorevole Arturo Michelini, llamado también el «ragioniere», o sea, el «contable», por el buen uso y la cuidada administración que hace de los fondos que recibe por doquier, desde los partidos que están en el poder hasta la Confindustria y organismos paraestatales, como el ENI de Mattei, a cambio de mantener en paz y armonía a sus huéspedes.

(Estamos llegando a los finales del periodo de la «paz social», del «centro-sinistra» —aunque éste muera oficialmente con las elecciones del presente año, se trata de un «muerto» conservado artificialmente vivo, y que recibió la puntilla en el «autunno caldo», cuando las vanguardias proletarias mostraron que comenzaban a emanciparse del control de las centrales sindicales—, durante el cual el Poder —es decir, la democracia cristiana—, los partidos comunista y social-proletario y los Sindicatos han pactado un equilibrio más o menos estable, sentándose a los hombros de un proletariado que todavía cree en la eficacia y posibilidad de la política de «reformas».)

Esta actitud tan «razonable» de Michelini no deja de disgustar al ala extremista del Movimiento Social, envalentonada por la reciente subida al Poder de los coroneles griegos, y encabezada por Giorgio Almirante y Giulio Caradonna. Todavía gusta menos a los jóvenes fascistas, encuadrados en organizaciones como «Ordine Nuovo», «Avanguardia Nazionale», «Europa Civiltà», «Nuova Caravella», que a través de sus secciones universitarias (especialmente «Fuan-Caravella» y «Primula Gollardica») dominan, entre otras, la Universidad romana. Unos y otros le reprochan al «ragioniere» su aburguesamiento, su traición a los usos y prácticas de la «revolución» fascista.

A mediados de aquel año, sin embargo, la situación cambia. El «Movimiento Studentesco» se hace con el poder en la Universidad. De nada sirven las expediciones punitivas que grupos de «gorilas», dirigidos por Giorgio Almirante, Giulio Caradonna y Luigi Turchi, lanzan en varias ocasiones contra los izquierdistas de la Universidad, en busca de recuperar el →

perdido, y que dan lugar a encuentros violentísimos, en los que la Policía muestra una sospechosa parcialidad. Todo ello es inútil: es el año de la «contestación», del «student power», de Marcuse profeta de una Nueva Era, de la Revolución Cultural, del «mayo» francés, los vientos soplan decididamente a izquierda, y la nueva relación de fuerzas parece irreversible.

También por las mismas fechas se produce un cambio en el interior del MSI. El onorevole Michellini muere de un infarto cardíaco a bordo de su yate, y, pese a la oposición de los «moderados», que temen perder las fáciles rentas que proporcionaba la acomodaticia gestión del jefe difunto, es elegido nuevo secretario el «duro» Giorgio Almirante.

Le ha llegado al fascismo la hora de un cambio táctico. El primer síntoma es que muchos grupos «extremistas» se disuelven y vuelven a ingresar en el seno materno, el MSI. Los personajes más «respectables» de dichos grupos, como el periodista de «Il Tempo», Pino Rauti, fundador de «Ordine Nuovo» (de quien hablaremos más adelante con detalle), obtienen lugares en la dirección del Movimento Social. Otros, menos «respectables», desaparecen por un tiempo de la circulación y reaparecen constituyendo «grupos» que pretenden llamarse de «izquierda», como el «Movimiento Studentesco Operaio d'Avanguardia» o «Lotta di Popolo», que desfilan gritando «slogans» del tipo de «Hitler y Mao, unidos en la lucha» o «Viva la dictadura fascista del proletariado». Otros, finalmente, cuando esta táctica demasiado burda fracasa, intentan la infiltración individual en los auténticos grupos de izquierda.

El caso del doctor Jekyll y mister Hyde

Uno de estos últimos es Mario Merlino, nacido en Roma el 2 de junio de 1944. Entre los años 1962 y 1968, Merlino milita activamente en grupos de extrema derecha: «Avanguardia Nazionale», «Giovane Italia» y «Ordine Nuovo». Pasa todos los veranos en Alemania, especialmente en Munich y Francfort. Entre el 65 y el 66 vive allí seis meses; a su regreso contará que ha frecuentado un campo clandestino de adiestramiento militar, organizado por los neonazis de «Nación Europea». Es íntimo amigo de Pino Rauti, del diputado del

MSI, Giulio Caradonna, y de Stefano delle Chiaie, uno de los personajes más importantes del fascismo extremista romano, llamado «Il Caccola» («El Moco») por su pequeña estatura, pero también «Il bombardiere di Roma».

nas firman una nota de protesta en la Embajada Italiana por el trato que el nuevo régimen griego recibe de la RAI-TV, condecoran al ministro Pattakos con un distintivo de «Nuova Caravella» y se entrevistan con Constantino Plevis,

bigote, y cuando éstos adquieren una medida suficiente, distribuye unas octavillas en la Universidad, explicando la fundación del grupo «XXII Marzo», que proclama «referirse a las experiencias del mayo francés y, en particular, a sus pun-



El líder neofascista Giorgio Almirante (centro de la foto) organiza expediciones punitivas contra el «movimiento studentesco», que se ha hecho con el poder en la Universidad, expediciones que dan lugar a encuentros violentísimos.

En abril de 1968 realiza con otros cuarenta jóvenes de varias organizaciones fascista un viaje a Grecia, organizado por Pino Rauti y Stefano delle Chiaie y pagado por la ESESI, la liga de los estudiantes griegos en Italia. En Ate-

líder del movimiento nazi griego «4 de Agosto».

A su vuelta a Roma, Mario Merlino, como Saulo en el camino de Damasco, sufre una transformación radical. Cambia de manera de vestir, se deja crecer pelo, barba y

tas más avanzadas: Daniel Cohn Bendit y los «enragés» de Nantierre». En su primera aparición pública, el grupo desfila en una manifestación organizada por el «Movimiento Studentesco»: encabezado por Mario Merlino, que enarbo-

la una gran bandera negra con la inscripción «XXII Marzo», y seguido de Stefano della Chiaie, Serafino di Luia, Loris Facchinetti y el ex legionario y paracaidista Buffa, llamado al «Lobo de Monteverde», todos ellos conocidísimos exponentes del neofascismo romano. El grupo es aislado por los manifestantes, y a varios centenares de metros del lugar de la manifestación lanzan unos «molotov» contra dos coches. Al día siguiente, el diario criptofascista «Il Tempo» hablaba en tonos apocalípticos de «plan preordenado», de «guerrilla urbana», de «inútiles vandalismos» y de la «ciega violencia con que los gamberros, maniobrados por el PCI, han roto e incendiado coches de ciudadanos privados».

Al mes de su fundación, el grupo «XXII Marzo» se disuelve. Mario Merlino intenta establecer contactos con el grupo de izquierda «Avanguardia Proletaria», pero allí le conocen y es rechazado. Repite la operación con el Partido Comunista de Italia (línea roja), una organización maoísta, donde sus antecedentes son desconocidos. Pero cuando se sabe su participación en un intento de asalto a la Dirección del PCI, después de un mitin fascista, también es expulsado del PCd'I.

Pausa veraniega, que transcurre en Alemania. A su regreso participa en una demostración de protesta contra la RAI-TV; cuando la manifestación está a punto de disolverse, lanza con una honda una bola de hierro que rompe el parabrisas de un «jeep» de la Policía. Repite la operación un mes después, en marzo, en Battipaglia. Y este hecho le proporciona un arresto de quince días, que le sirve para ponerse en contacto, a la salida de la cárcel, con un grupo de estudiantes comunistas que están preparando un examen de Filosofía. Pero un día olvida sobre la mesa una agenda que contiene los nombres y los números de teléfono de los personajes más conocidos del neofascismo romano. Puesto entre la espada y la pared, Merlino confiesa que, efectivamente, ha desempeñado durante un tiempo la función de espía, pero que ahora sus relaciones con los fascistas son meramente amistosas, no políticas. Es alejado del grupo y desaparece durante algún tiempo de Roma.

A su regreso, Merlino visita a un conocido de la «Unione dei marxisti-leninisti» para pedirle que le guarde durante un tiempo un material comprometedor. El muchacho acepta, y recibe unos metros de

mecha y un número considerable de detonadores. Desconfía y se desembaraza inmediatamente del paquete: al día siguiente recibe la visita de la Policía, que viene a efectuar un registro. Esta historia representa para Merlino el final de toda relación posible con los marxistas-leninistas.

Como única solución a sus intentos de encontrar un «espacio» a izquierda le quedan los anarquistas, cuya ingenuidad y cuya capacidad de confianza en la «conversión» del fascista Merlino son mucho mayores. Desde septiembre de 1969, Mario Merlino comienza a frecuentar el Círculo Bakunin, que en aquel momento se halla dividido en dos fracciones. Merlino favorece esta división, y a fines de octubre convence a un grupo de jóvenes, entre los que están Pietro Valpreda, Emilio Bagnoli, Roberto Gargamelli, Roberto Mander y Emilio Borghese, a fundar un nuevo grupo, llamado «22 de Marzo» (no confundir con el «XXII Marzo» anterior).

El «22 de Marzo»

A la fundación del nuevo grupo, que encuentra su sede gracias a un dinero que adelanta Merlino, colaboran también Andrea Politi y Stefano Serpieri. Estos nombres no aparecerán después, cuando la Policía facilite la lista de los miembros del «22 de Marzo», la lista de los dinamiteros de Roma y Milán. ¿Por qué? Porque Andrea Politi, llamado en realidad Salvatore Ippolito, y Stefano Serpieri pertenecen, de hecho, a la Policía: el primero, al Cuerpo de la Seguridad Pública, y el segundo, al de «carabinieri», y se han infiltrado en el grupo «22 de Marzo» como informadores, como espías.

Llegados a este punto, se imponen varias preguntas: 1.ª ¿Qué importancia especial atribuía la Policía al grupo «22 de Marzo», uno más entre los muchos en que está dividida la extrema izquierda, especialmente en su sector anarquista, para infiltrar en él a dos hombres? 2.ª Si estaba enterada, como es lógico suponer, de todos los pasos, acciones y proyectos de dicho grupo, ¿cómo no evitó, en el caso de que fueran Valpreda y sus amigos sus autores, los atentados de Milán y Roma? Dejo ambas preguntas sin responder, pero insinúo al lector que se las formule como premisas de un silogismo y verá cuán «enormes» y variadas conclusiones puede hallar. ■ R. F.



CHUMY
CHUMÉZ